



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Cómo puede un
PADRE
hallar
PAZ MENTAL?



CONTENIDO

¿Qué puede un padre saber con certeza?	2
Voces del futuro	3
¿Promete la Biblia resultados a los padres buenos?	5
¿Cómo puede un padre hallar la paz mental?	6
<i>Aceptando una garantía limitada</i>	6
<i>Aprendiendo a jugar</i>	8
<i>Regresando a la escuela</i> ...	10
<i>Aprendiendo de la mascota de la familia</i>	12
<i>Viviendo por un contrato</i> ...	13
<i>Haciendo llorar a nuestros hijos</i>	15
<i>Trabajando como un agricultor</i>	17
<i>Aceptando el papel de sacerdote</i>	20
<i>Creciendo como uvas en la vid</i>	22
<i>Buscando momentos para enseñar</i>	24
<i>Muriendo mil veces</i>	25
<i>Preparándose para el nido vacío</i>	27
<i>Mejor tarde que nunca</i>	29
¿De quién es hijo usted?	31

¿CÓMO PUEDE UN PADRE HALLAR PAZ MENTAL?

¿L o dicen todo las calcomanías de autos? ¿Se halla la paz mental «viviendo lo suficiente como para ser un problema para los hijos»? ¿O «sabiendo lo suficiente como para gastar la herencia de sus hijos»? ¿Se encuentra la paz mental creyendo que los padres buenos siempre tienen hijos buenos? ¿O podemos confiar en que al final, lo que hagamos como padres realmente no importa tanto?

Echemos un vistazo a lo que nuestro Padre celestial ha dicho respecto a lo que necesitan los padres angustiados para hallar paz mental.

Martin R. De Haan II

¿QUÉ PUEDE UN PADRE SABER CON CERTEZA?

Hay cosas sobre la crianza de los hijos que sí podemos saber. Por ejemplo, una de las cosas más importantes que un padre puede hacer por su hijo es amar y honrar a su esposa. Los hijos que se crían en hogares donde los padres no se respetan ni se demuestran cariño llegan a la edad adulta con graves problemas. Aun cuando hay separación o divorcio, la manera en que los padres separados se tratan influye profundamente en los hijos.

¿Quiénes son estos niños que están teniendo niños?

También sabemos que pueden surgir problemas especiales cuando los niños

tienen hijos. El asunto no es la capacidad biológica, sino la madurez. Y la fortaleza de carácter que acompaña a la madurez es el centro mismo de lo que los padres tienen que dar a sus hijos.

Sin embargo, la frase «niños que tienen niños» puede tener otro significado. Hacia la mitad de la vida, a menudo descubrimos que nos sentimos más como niños que como los padres que somos. Con hijos que van camino a la madurez física podríamos preguntarnos cómo se sentirían si supieran lo mucho que luchamos con la incertidumbre, las dudas sobre nosotros mismos y la necedad. Porque nosotros, los padres, se supone que seamos los maestros. ¿Saben nuestros hijos cuántas preguntas y temores tenemos? ¿Saben lo mucho que nos preguntamos lo que pensarán de nosotros un día?

VOCES DEL FUTURO

¿Qué dirán nuestros hijos adultos?

- Nunca hablabas conmigo.
- Nunca podía contar contigo.
- No cumplías tu palabra.
- No me escuchabas.
- Siempre me gritabas.
- No entendías por lo que yo estaba pasando.
- Sólo me amabas cuando te hacía lucir bien.
- Nunca estabas satisfecho.
- Siempre estabas mirando televisión.
- Me avergonzabas frente a mis amigos.
- Nunca me tocabas ni me abrazabas.
- Tú y mamá siempre estaban peleando y discutiendo.
- No me tenías confianza.
- No me dejabas tomar ninguna decisión.
- Siempre estabas trabajando.

- Nunca sacabas el tiempo para divertirme conmigo.
 - Decías cosas malas que nunca olvidaré.
 - Me decías que yo nunca iba a llegar a nada.
 - Me usabas.
 - Me hacías la vida imposible.
 - Nunca me perdonaste por haberme ido de la casa.
 - Eras rígido e irrazonable.
 - Nunca me ayudabas a sentirme bien conmigo mismo.
 - Me decías que hiciera cosas que tú no hacías.
 - Me pegabas cuando te enojabas.
 - Me dejaste cuando te necesitaba.
- ¿O acaso dirán?
- No eras perfecto, pero no esperaba que lo fueses.
 - Siempre estabas ahí cuando te necesitaba.
 - Siempre supe que me querías.
 - Nos divertíamos mucho.

- Todavía recuerdo algunas de nuestras conversaciones.
- Doy gracias porque eres mi mamá o mi papá.
- Siempre supe que podía conversar contigo.
- Me hacías sentir muy especial.

***Y vosotros, padres,
no provoquéis a
ira a vuestros hijos,
sino criadlos
en disciplina
y amonestación
del Señor.***

—Efesios 6:4

- Me tenías confianza.
- Cuando te equivocabas lo admitías.
- Me alegro de que no me dieras todo lo que pedía.
- Me dabas espacio para ser yo mismo.
- Me hacías sentir bien conmigo mismo.

- Recuerdo las historias que me contabas.
- No puedo creer lo paciente que eras conmigo.
- Me enseñaste a amar a la naturaleza, a la gente y a Dios.
- Sabía que podía confiar en ti.
- Siempre supe que querías lo mejor para mí.
- Me enseñaste a querer a los demás.
- Me sentía orgulloso de que mis amigos te conocieran.
- Sabía que me amarías sin importar lo que pasara.
- Me enseñaste a tomar mis propias decisiones.
- Me dejabas aprender de mis propios errores.
- Sabía que siempre tratabas de cumplir tu palabra.

¿PROMETE LA BIBLIA RESULTADOS A LOS PADRES BUENOS?

¿Asegura realmente la Biblia a los padres que si ellos hacen su parte, sus hijos van a salir bien? Proverbios 22:6 dice: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él». En el idioma hebreo, esto dice literalmente que si uno instruye («inicia», «imbuye», «consagra» o «dedica») a un niño en su propio camino («ocupándose de su propio temperamento y necesidades individuales en cada etapa de crecimiento o de desarrollo»), cuando sea viejo (que viene de una palabra que significaba «barbudo» o «maduro»), no se apartará de él.

Algunos entienden que ésta es una promesa

absoluta. Otros creen que es una regla general de sabiduría que expresa la influencia que tiene un padre o una madre en un niño impresionable. Otra posibilidad es que el proverbio esté enseñando que si le das un buen comienzo a un niño entrenándolo de una manera apropiada a sus propias necesidades individuales, la influencia positiva de este entrenamiento temprano permanecerá con él el resto de su vida. Nunca podrá alejarse de lo que los padres le han enseñado. Eso no significa que el hijo adulto siempre actuará conforme a la influencia de sus padres, pero llevará en la memoria la instrucción que recibió hasta que muera.

En general, la Biblia muestra que el enfoque maduro de la crianza de los hijos sigue el ejemplo del Padre celestial. Él amó como ningún otro padre ha

amado jamás, y también da a sus hijos espacio suficiente para que tomen sus propias decisiones y cometan sus propios errores.

¿CÓMO PUEDE UN PADRE HALLAR PAZ MENTAL?

Cuando leamos las siguientes páginas podríamos descubrir que deseamos que Dios nos hubiera asegurado resultados más predecibles. Sin embargo, en realidad es más amoroso criar hijos sin esa confianza. Si miramos la manera en que nuestro Padre celestial nos ha amado, veremos que la crianza de los hijos vale la pena, no porque nuestros hijos vayan a resultar siempre buenos, sino porque hemos tenido la oportunidad, el privilegio y la paz de

amarlos de la manera en que nuestro Padre celestial nos ha amado a nosotros.

ACEPTANDO UNA GARANTÍA LIMITADA

Una buena crianza no garantiza buenos hijos. Sólo nos asegura que nuestros hijos tendrán la tremenda ventaja de haber tenido buenos padres. Piense en el Dios de la Biblia. Él es un padre perfecto. Pero mire a sus hijos. Adán y Eva se criaron en el mejor de los ambientes. No obstante, lo echaron todo a perder, hicieron caso a la serpiente, y dieron a luz a un asesino. Luego vino Israel, una nación muy amada que repetida y crónicamente se convirtió en un hijo incorregible y rebelde. Después vino la Iglesia, la cual, una y otra vez ha manchado el nombre de su Padre en toda la tierra.

El profeta Ezequiel asumió que un padre bueno

puede tener un hijo que salga malo. También nos recordó que un padre malo puede tener un hijo que salga bueno. Argumentó mucho contra la existencia de una relación determinista entre padre e hijo (Ezequiel 18:1-28).

Es lamentable que los padres tengan un sentido de culpabilidad falsa porque crean que si hacen las cosas bien, sus hijos siempre van a resultar buenos.

Esta «tensión de la excepción» va a contrapelo con lo que a menudo esperamos que es una relación padre-hijo. Cuando vemos a un hijo de una buena familia que sale malo, nos inclinamos a pensar que debe haber habido un lado

oscuro de negligencia paterna en alguna parte. Y podría ser. Pero, ¿Somos igual de propensos a pensar que debe haber alguna virtud paterna redentora y determinante que no vimos? ¿O nos inclinamos a pensar que el hijo se elevó por encima de sus raíces y decidió que iba a ser diferente?

Ya es suficientemente doloroso tener la preocupación que cualquier padre amoroso siente por el bienestar de sus hijos. Basta con saber que no hemos dado a nuestros hijos tanto amor, paciencia y sabiduría como hubiésemos querido. Por tanto, es mucho más patético que una manera de pensar errónea nos robe la paz. Es lamentable que los padres tengan un sentido de culpabilidad falsa porque crean que si hacen las cosas bien, sus hijos siempre van a resultar buenos. La verdad es que si hacemos las cosas bien, nuestros hijos tendrán

la bendición de contar con una buena base.

APRENDIENDO A JUGAR

El tenis se puede jugar de dos formas. Se puede jugar con la clase de actitud deportiva que sabe ganar y perder. O se puede jugar meramente para ganar y hacer dinero. Esta última actitud es el legado de algunos jóvenes jugadores profesionales que han estropeado la dignidad del juego con sus berrinches en la cancha, su lenguaje sucio, sus duras críticas a los árbitros y sus amargas excusas.

Los padres tienen la misma opción. Se pueden concentrar en desarrollar sus propias habilidades y reacciones. O pueden tratar de desviar la atención de sus propias debilidades culpando a otros de sus problemas. Con esta última actitud, la crianza de los hijos termina en excusas

como: «Estos muchachos me están volviendo loco. ¡Me hacen enojar tanto! A veces creo que estoy perdiendo la cordura. Sé que no debería gritar, pero no lo puedo evitar. Sacan lo peor de mí. Además, creo que gran parte de mi problema se debe a que vengo de un hogar disfuncional. No puedo dejar de gritar, ni de golpear ni de discutir con esos malcriados. No está en mí».

Nuestros primeros padres pusieron a rodar la bola de la culpa. Adán culpó a Eva. Eva culpó a la serpiente. La serpiente y diablo indudablemente culpó a Dios. Pero Dios hizo a Adán responsable de sus acciones. Hizo a Eva responsable de lo que había decidido hacer. La serpiente tampoco quedó sin culpa.

Hoy nos inclinamos a decir que los problemas que tenemos en la crianza de nuestros hijos son resultado

de los errores de nuestros padres. Puede haber mucha verdad en eso. Pero hace mucho tiempo, Dios enseñó a su pueblo a no culpar a los demás de sus propias decisiones. Objetó a un proverbio que se usaba para reducir la responsabilidad personal por las acciones de uno:

... Los padres comieron las uvas agrias, y lo dientes de los hijos tienen la dentera? (Ezequiel 18:2).

***... Dios enseñó
a su pueblo a no
culpar a los demás
de sus propias
decisiones.***

Eso no quiere decir que Dios ignore los problemas que heredamos de nuestros padres. Las Escrituras ciertamente plantean la existencia de predisposiciones adquiridas

o heredadas biológicamente. Dios dijo:

*... yo soy Jehová
[...] celoso, que visito la
maldad de los padres
sobre los hijos hasta la
tercera y cuarta generación
de los que me aborrecen
(Éxodo 20:5).*

No se trata de si a la larga vamos a perder o a ganar a nuestros hijos, sino de cómo juguemos el juego.

Sin embargo, las Escrituras también muestran que el estar bajo la influencia de nuestros propios padres no elimina la responsabilidad de cómo respondemos a esa influencia. De nosotros depende el escoger si vamos a seguir el ejemplo de nuestros padres inconscientemente, o a escoger otro camino deliberadamente.

Un hijo adolescente inmaduro podría agotarnos la paciencia. Tal vez tengamos en la memoria el recuerdo de un padre alcohólico o de una madre neurótica. Pero nada

de eso nos da una excusa para comportarnos como adolescentes, airarnos, ser disputadores ni abusivos.

REGRESANDO A LA ESCUELA

Justo cuando pensamos que ya hemos terminado de estudiar llega un pequeñito que apenas empieza a andar, de unos 10 kilos y creciendo cada día más, y de una voluntad fuerte que nos desespera. De repente nos encontramos «de vuelta en la escuela». Empezamos a darnos cuenta de que ser padres no es sólo cuestión de verter lentamente el conocimiento que hemos acumulado en mentes frescas, receptivas, moldeables y hambrientas. Una vez más empezamos a buscar más respuestas.

Desarrollamos una nueva perspectiva de la «hoja en blanco» de la niñez. Al tomar la pluma de la sabiduría paterna

descubrirnos que el papel está grasoso y no acepta nuestro entusiasta deseo de escribir y enseñar algo maravilloso. Esta resistencia a nuestra enseñanza dura todo el tiempo que tenemos a nuestros hijos. Descubriremos, decepcionados, que con algunas excepciones, ellos aprenden mejor cuando no estamos mirando.

***El valor del
matrimonio no es
que los adultos
producen niños,
sino que los niños
producen adultos.***

—Peter de Vries

No era así como lo queríamos. Pensábamos que un hijo debía ser un documento fresco y en blanco al cual pudiésemos transferir todo el conocimiento que

deseamos haber tomado en serio cuando teníamos su edad.

No obstante, el aprendizaje ocurre nos demos cuenta o no. Finalmente aprendemos a entender a nuestros propios padres. Descubrimos lo que es amar desesperadamente a un pequeñito que parece decidido a imitar nuestras faltas, al tiempo que resiste nuestros valores, expectativas y sueños.

Aprendemos algo del corazón de nuestro Dios, el cual rebosa de amor por los pequeñitos que llevan su nombre y su semejanza. Aprendemos algo acerca de Su gozo. Aprendemos acerca del dolor que siente cuando ve a sus hijos cerrar los oídos a su amorosa corrección (Isaías 1:2).

Estamos aprendiendo mucho de nosotros mismos. Descubrimos que estos pequeñitos nos hacen manifestar lo mejor de

nosotros... y lo peor. Pero aun lo peor no es tan malo. Nuestros nervios exacerbados, nuestra ansiedad y nuestra ira hace lo mismo que un dolor de cabeza o una fiebre. La tentación de gritar y vocear, o hacer acopio de nuestra autoridad paterna (¡Porque lo digo yo y punto!), son síntomas que no debemos ignorar.

***No sabemos
cuanto ama un
padre hasta que
tenemos hijos.***

—H. W. Beecher

Estas reacciones nos dicen que todavía tenemos mucho que aprender acerca de lo que Dios puede hacer en nosotros. Hemos de tener más de su discernimiento, de su dominio propio, de su capacidad de llevarnos con dignidad por los desafíos de

guiar a un pequeño «centro del universo» a la madurez. En el conocimiento de que esto es bueno para nosotros, hay paz.

APRENDIENDO DE LA MASCOTA DE LA FAMILIA

Antes de sentirse ofendido por la comparación, piénselo. ¿Qué necesita para enseñar a un perro que se siente y suplique? ¿Cuántas veces habría que golpearlo con un periódico enrollado, gritarle, discutir o derribarlo con insultos? Es posible que aunque pueda mantener a su perro alejado del sofá con unos porrazos de periódico, la táctica no logre que se siente, se dé la vuelta ni le traiga las pantuflas. Ni siquiera un perro aprende trucos nuevos a menos que le dé algo, lo abraze o le dé su cálida aprobación.

El adiestramiento es similar. Establecer las reglas, amenazar con castigo y hacer

uso de la autoridad diciendo: «Porque lo digo yo que soy tu padre», sólo da resultado un tiempo. Después de eso, ni todas las amenazas del mundo pueden lograr que su hijo responda. Puede a sus espaldas también.

A los niños no se les puede obligar a ser buenos... no indefinidamente. A la larga empiezan a hacer lo que quieren le guste a usted o no. La clave es ayudarlos a querer hacer lo bueno para que se adhieran a las normas de Dios y también satisfagan sus propias necesidades.

No hay paz en limitarse a establecer las reglas.

Todo el mundo desea ser libre, importante, experimentar el placer y que lo aprecien. Empiece ayudándolos a sentir que realmente los ama.

Aliéntelos. Pase tiempo con ellos. Haga lo que a ellos les gusta hacer. Cárguelos. Abrácelos. Haga cosas por ellos que les demuestren que están en su corazón, y que están en su corazón para bien.

***Ley menos amor
equivale a rebeldía.***

***Amor menos
ley equivale a
inseguridad. Amor
más ley equivale
a discernimiento
e incentivo.***

No se limite a darles amor. Deles fronteras diseñadas para proteger su libertad. Muéstreles lo que le sucede a la gente que rehúsa vivir bajo el sabio y amoroso consejo de Dios. Busque maneras creativas de mostrarles que la Palabra de Dios nos ha sido dada para que supla nuestras

más profundas necesidades y deseos.

Ayúdelos a descubrir la sabiduría de los Proverbios, los cuales muestran una y otra vez de muchas maneras diferentes que aunque Dios podría simplemente apelar a su autoridad, no lo hace. Más bien nos da discernimiento e incentivos.

Como padre va a evitar mucha frustración cuando se dé cuenta de la importancia de dar a sus hijos buenas razones e incentivos para que tomen decisiones correctas. Ellos tienen que ver cómo esas decisiones suplen su necesidad de placer, importancia, libertad y aprecio. No dárselas sería «provocarles la ira» (Efesios 6:4) y perder la paz mental.

VIVIENDO POR UN CONTRATO

Los padres sabios tratan de no obligar a sus hijos a que se porten bien. Saben que no pueden obligar a sus hijos

a ser buenos como no se puede obligar a un caballo a beber agua. Uno puede guiar al niño para que sea bueno, pero no lo puede obligar. Ese es el poder del espíritu humano. Los niños que están sentados externamente pueden permanecer de pie internamente.

Eso no quiere decir que no tenga que obligar a los niños a hacer cosas que no quieren hacer. Hay excepciones, sobre todo en los primeros años.

La manera en que Dios lidia con sus hijos refleja una de las lecciones más importantes que hay que aprender como padres. Él es un Dios de contratos. Nos dice lo que sucederá si hacemos lo que nos pide. Luego nos dice, con suficientes detalles, lo que sucederá si nos negamos. Ofrece ayudarnos a tomar buenas decisiones si le pedimos sabiduría, y nos ofrece ayuda para hacer lo

que Él quiera que hagamos que no podamos hacer por cuenta propia.

***Esto significa
que podemos
dejar de gritar,
de regañar y
de quejarnos.***

El asunto de la libre elección es central en su relación con sus hijos. Si sus hijos salen malos, es porque así lo decidieron ellos. Cuando sufren las consecuencias, es porque optaron conscientemente por ir contra Su voluntad.

Pongamos esto en una relación padre-hijo. Es lo contrario de tratar de tomar por nuestros hijos todas sus decisiones y luego tratar de intervenir y protegerlos cuando han tomado malas decisiones. También es lo contrario de limitarnos a tratar de que nuestros hijos

hagan lo que queremos que hagan.

Lo mejor que podemos hacer es mostrarles claramente lo que esperamos y en qué tiempo. Dígales lo que les sucederá si obedecen. Luego déjelos escoger las consecuencias. Si terminan castigados, si pierden el privilegio de mirar la televisión, si no se les permite usar el auto o si no pueden ir a un juego de béisbol con la familia, será porque ellos escogieron eso, no nosotros.

Enseñar a nuestros hijos a escoger su propio camino y luego dejarlos experimentar los resultados agradables o dolorosos de sus propias elecciones es una de las cosas más importantes que podemos hacer, no sólo por ellos, sino también por nuestra propia paz mental.

Si hacemos esto podremos dejar de gritar, de amenazar y de repetir las cosas. Significa que podemos dejar de quejarnos y de importunar

para que recojan la pila de ropa que hay en su cuarto. Significa que podemos bajar la voz y ser civilizados respecto a nuestras expectativas. Es decir: «De ahora en adelante, hijos, ustedes escogen cómo quieren las cosas. De la misma manera en que Dios nos trata como a hijos, los trataremos nosotros a ustedes. Estamos aquí para lo que sea necesario, pero bajo estas condiciones. Ustedes deciden».

HACIENDO LLORAR A NUESTROS HIJOS

Vivimos en una época en que el abuso infantil está muy difundido. Por eso nos hemos sensibilizado adecuadamente a los peligros de golpear a un niño con ira o de usar cualquier instrumento, incluyendo la mano, que pueda causar un grave daño físico. Es igualmente importante darse cuenta de que a medida que un niño

crece, se puede corregir asignando consecuencias a sus propias acciones (véanse las pp. 14-15).

... un padre sabio y amoroso no tendrá miedo de hacer que su hijo llore cuando sea necesario.

Esa es una cara de la moneda. La otra cara es que un padre sabio y amoroso no tendrá miedo de hacer que su hijo llore cuando sea necesario. La eterna sabiduría de las Escrituras es clara:

- El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige (Proverbios 13:24).
- Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; Mas no se apresure tu alma para destruirlo (Proverbios 19:18).

- La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre (Proverbios 29:15).
- Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma (Proverbios 29:17).
- Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados (Hebreos 12:11).

Esas pueden ser palabras muy duras para una madre o un padre. A corto plazo, es mucho más fácil complacer a nuestros hijos que soportar la furia de sus lágrimas y sus quejas. A corto plazo, es doloroso. Pero a la larga, es necesaria la corrección amorosamente apropiada y oportuna, tanto para el bienestar de nuestros hijos como para nuestra propia paz mental. A menudo

nuestros hijos se parecen mucho al siervo que se describe en el libro de Proverbios:

El siervo no se corrige con palabras; porque entiende, mas no hace caso (29:19).

Oremos para que cuando hagamos llorar a nuestros hijos, sea por nuestro amor y no por nuestra ira. No se les promete paz mental a los padres que hacen llorar a sus hijos por su egoísmo.

Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos...

—Efesios 6:4

Esto significa que los padres no deberían dar razones a sus hijos para que digan: «No eres justo conmigo. No me estás escuchando. Estás exigiendo más de lo que puedo dar. Nunca estás satisfecho.

Reaccionas exageradamente a lo que he hecho mal. Rehúsas admitir cuando te equivocas. No puedo razonar contigo. Constantemente cambias de parecer. Sólo usas tu autoridad como padre. Eres malo e impredecible. Nunca sé cuando vas a estallar de ira. Te tengo miedo. Se supone que me protejas, pero de quien necesito protección es de ti. Te odio por hacerme llorar».

TRABAJANDO COMO UN AGRICULTOR

La crianza de los hijos se parece más al trabajo de un agricultor que a cocinar. Una buena comida se puede preparar en un par de horas. Y si se sigue una receta, se puede estar bastante seguro del resultado. Sin embargo, las fórmulas no funcionan muy bien con los hijos.

Para obtener un modelo para criar hijos se necesita

rastrear el pan y la carne hasta la finca de donde salieron. Entonces nos acercamos más a la crianza de los hijos. La crianza de los hijos es mucho más trabajo que juego. Criar es arar y arrancar y limpiar y plantar. Es sacar mala hierba, cultivar y regar, y luego esperar en el cielo hasta que llegue la cosecha. Dependiendo del año, se puede tener una cosecha abundante. Otras cosechas se pueden perder a causa de los insectos, enfermedades, demasiada o poca lluvia, demasiado calor o demasiado frío.

Eso no quiere decir que la agricultura sea sólo un juego de azar. La agricultura puede ser muy científica. Si ponemos a un haragán o a un don Juan en la finca, es casi seguro que pasaremos hambre en el otoño. Un buen agricultor trabaja duro y sabe qué hacer con las cosechas y los animales

específicos que está cultivando y criando. No cría pollos como si fuesen pavos, ni cultiva el maíz como si fuese alfalfa. Sobre todo, nunca prueba fórmulas rápidas con una actitud de «esto seguro que no falla». Un buen agricultor es humilde. Conoce su cosecha, pero no presume del resultado.

***Para obtener
un modelo para
criar hijos se
necesita rastrear
el pan y la carne
hasta la finca de
donde salieron.***

Todo lo que sabe es cuál es su responsabilidad en cada etapa del camino. Si obtiene una cosecha abundante, es porque hizo las cosas bien en cuanto a lo que podía controlar, y

también porque las cosas que no estaban bajo su control funcionaron.

El apóstol Pablo aludió a este modelo agrícola en su primera Carta a los Corintios del Nuevo Testamento:

*¿Qué, pues, es Pablo,
y qué es Apolos?
Servidores por medio de
los cuales habéis creído;
y eso según lo que a cada
uno concedió el Señor.
Yo planté, Apolos regó;
pero el crecimiento lo ha
dado Dios. Y el que planta
y el que riega son una
misma cosa; aunque cada
uno recibirá su recompensa
conforme a su labor. Nos
fatigamos trabajando
con nuestras propias
manos [...] escribo esto
[...] para amonestaros
como a hijos míos amados.
Porque aunque tengáis
diez mil ayos en Cristo,
no tendréis muchos padres;
pues en Cristo Jesús yo
os engendré por medio
del evangelio. Por tanto,*

os ruego que me imitéis
(1 Corintios 3:5,6,8;
4:12-16).

Pablo estaba pensando en hijos espirituales, lo cual es diferente de criar los hijos propios. Pero hay fuertes paralelos. En ambos casos hay que hacer lo correcto, trabajar duro, esperar en Dios para la cosecha, y entender que vamos a ser recompensados, no por los resultados, sino por el amoroso cuidado que les has dado.

La paz mental se encuentra, no tratando de forzar un crecimiento rápido, sino entendiendo que la crianza de los hijos en un largo proceso de proveer lo que nuestros pequeños necesitan, mientras esperamos en ellos y en Dios por los resultados. No hay paz ni productividad en tratar de acelerar la cosecha.

ACEPTANDO EL PAPEL DE SACERDOTE

Elí, sacerdote del Antiguo Testamento crió un hijo que no era suyo (1 Samuel 1:24–2:21). Durante varios años, Elí sirvió de padre a un muchacho llamado Samuel. Pero Samuel simplemente era un muchacho que estaba al cuidado de Elí. En un sentido, nosotros tenemos una relación similar con nuestros hijos. Ellos son como todo lo demás que poseemos. En realidad, no son nuestros. El Señor los pone a nuestro cuidado por un tiempo para que los criemos para Él.

En cierta manera, la idea de que nuestros hijos no son nuestros no es muy consoladora. Sabemos lo que se siente cuando uno se preocupa por tener que devolver un auto o una cortadora de grama que está peor por el uso. Por otro lado, el darnos cuenta

de que nuestros hijos son del Señor es muy liberador. Significa que el verdadero dueño del niño se cerciorará de que yo tenga todos los recursos que necesito para cuidarlo en nombre de Dios.

***El Señor los
pone a nuestro
cuidado por un
tiempo para que los
criemos para Él.***

Los padres también son como Elí en el sentido de que son como sacerdotes. En Hebreos 5:1-4 se nos muestra que un sacerdote que intercede por su pueblo, y que lo hace consciente de sus propios problemas, se puede solidarizar y compadecer al lidiar con aquellos que acuden a Él en busca de ayuda. El autor de Hebreos escribió lo siguiente acerca del sacerdote:

... puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo (Hebreos 5:2-3).

Puesto que esto se dijo de los sacerdotes que servían antes de la venida de Cristo, nuestro mayor Sumo Sacerdote, algunos podrían pensar que es obsoleto. Sin embargo, el mismo autor también dijo de Cristo:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:15).

El nuevo testamento ahora llama a los hijos de Dios real sacerdocio (1 Pedro 2:5,9).

Piense en las implicaciones que hay para los padres. No tiene sentido que esperemos que

nuestros hijos sean mejores de lo que éramos nosotros. Tal vez anhelemos que tomen buenas decisiones. Podríamos orar para que sean más sabios de lo normal para su edad.

***Los padres
pueden tener paz
mental cuando han
orado por los hijos
que les pusieron
a sus cuidados.***

Pero nosotros no siempre hemos sido sabios y maravillosos. Hemos estado en la misma posición en la que ahora están nuestros hijos. Hemos sido igual de tontos, con la misma vista corta, igual de ingenuos. Lo que tenemos que ofrecerles no es un ejemplo perfecto, sino solidario, corazones compasivos que continuamente se acercan

a ellos en amor y a Dios, su Padre celestial —y verdadero dueño— en nombre de ellos.

CRECIENDO COMO UVAS EN LA VID

El secreto de la fruta está en la rama y en la raíz. Una buena crianza es el fruto de un buen carácter que está arraigado y crece en Dios mismo. La Biblia llama a este carácter el fruto del Espíritu. Eso quiere decir que viene del Espíritu Santo de Dios y no de nuestra propia capacidad o energía natural. Escuche lo que el apóstol Pablo escribió, y piense en cómo asegura una buena crianza:

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos

también por el Espíritu (Gálatas 5:22-25).

***Una buena
crianza es el fruto
de un buen
carácter que está
arraigado y crece
en Dios mismo.***

La razón por la que las palabras de Pablo son tan importantes para los padres es que no sólo reflejan las cualidades que aseguran una buena crianza, sino que también señalan a recursos del Espíritu que no tenemos que encontrar en nosotros mismos ni en nuestra propia experiencia. Si Pablo tiene razón, entonces nuestra propia sensación de insuficiencia y nuestra propia lista de relaciones que no funcionan bien pueden ser las necesidades que nos lleven

a encontrar en el Espíritu de nuestro Padre celestial las cualidades paternas que no son naturales en nosotros.

Escuche lo que Pablo escribió a los cristianos que habían estado tratando de vivir en su propia fortaleza:

¿Tan necios sois?

¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?

¿Tantas cosas habéis padecido en vano? Si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por oír con fe?
(Gálatas 3:3-5).

Los recursos espirituales de carácter a los que Pablo se refería no son el resultado de tratar de vivir por los ideales de Dios. Llegan cuando creemos y confiamos en lo que Dios dice que quiere y puede hacer en nosotros.

Tenemos que recordarnos unos a otros continuamente que el secreto de una buena crianza es como la fruta que está implantada en las ramas y las raíces del Espíritu de Cristo. Cuando estamos de acuerdo con Cristo y su Palabra (Juan 15:1-14), entonces estaremos creciendo en nuestra experiencia del fruto del Espíritu:

- Amor sobrenatural
contra puro esfuerzo
y fatiga
- Buen sentido del humor
(gozo) contra pesimismo
- Espíritu calmado
contra ansiedad
- Actitud paciente
contra ira pronta
- Amabilidad contra maldad
- Buenas motivaciones
e intenciones
contra egoísmo
- Cumplimiento de la palabra
contra incumplimiento
- Benignidad contra
aspereza
- Dominio propio contra
conducta adictiva

BUSCANDO MOMENTOS PARA ENSEÑAR

En el Antiguo Testamento, Dios enseñó a su pueblo a construir pilas de piedra para que sus hijos un día preguntasen por qué esas piedras estaban allí. Cuando los niños preguntaran, los padres debían estar preparados para contar la historia de cómo el Dios de Israel había suplido maravillosamente sus necesidades en aquel lugar. El secreto estaba en estar preparados para los momentos de enseñanza.

... Cuando mañana preguntaren vuestros hijos a sus padres, y dijeren: ¿Qué significan estas piedras? declararéis a vuestros hijos... (Josué 4:21-22).

Los padres y maestros de Israel no habían de ser aburridos, sino hacer cosas que hicieran a sus hijos preguntar: «¿Por qué

hacemos eso? ¿Por qué siempre hay un puesto vacío en nuestra mesa?» (Véanse Deuteronomio 6:6-9, 20-25).

¿Cuál era el método principal que Jesús usaba para enseñar a sus discípulos?

El padre que escribió los proverbios para su hijo se dio cuenta del poder que tiene una palabra dicha en el momento preciso (Proverbios 15:23; 25:11). Él venía de una tradición que usaba formas creativas transformadoras. Los judíos educaban mediante pilas de piedras, adivinanzas, objetos, escenificaciones, figuras del lenguaje y viendo a los hijos, en general, participar voluntaria y activamente en su propio aprendizaje.

Esas lecciones objetivas son diferentes de las devociones familiares

obligadas, ritualistas y académicas. Éstas, raras veces producen el efecto espiritual deseado. A menos que nuestras palabras lleguen en momentos buenos para enseñar, es probable que no inclinen los corazones de nuestros hijos a su Dios. Casi todo lo que hacen las devociones obligadas es ayudar a un padre a sentirse menos culpable por algo que él cree debe hacer.

***Se necesita tiempo
y creatividad para
sacar el máximo
provecho de los
momentos buenos
para enseñar.***

Es muchísimo mejor planificar y aprovechar los momentos para enseñar. Las discusiones tiernas sobre la vida mientras se disfruta de una tarde de pesca, una caminata por el bosque,

un paseo por el campo, una discusión espontánea durante una comida o una tierna historia bíblica y un momento de oración a la hora de dormir por lo general se reciben mucho mejor (Deuteronomio 6:6-9) y son mucho más efectivas. El desafío es que para eso se necesita mucha participación y tiempo creativo.

Ahora bien, no estoy diciendo que no debemos tener devociones durante las comidas con nuestros hijos. Si le da resultado y logra lo que usted espera, continúe. Pero si todo lo que hace es tratar de obligar a sus hijos a que aprendan algo, es posible que estén aprendiendo a resentir, no sólo la lectura de la Biblia y la oración, sino a usted y a su Señor.

MURIENDO MIL VECES

Los padres más eficaces mueren mil veces. A veces

como resultado de pasar vergüenza por las acciones de sus hijos. A veces es el resultado de una frustración y una fatiga absolutas. A veces es por una profunda preocupación por las decisiones faltas de previsión y autodestructivas de un hijo o de una hija. Pero muchas veces, estos padres mueren voluntariamente a sus propios deseos sólo porque eso es lo que se necesita para traer hijos al mundo.

... si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.

—Juan 12:24

Nadie dijo que llevar hijos a la madurez sería fácil. Es difícil para una madre pasar por las contracciones del parto. Es difícil para

ella dar años de su vida a niños pequeños que exigen atención constante. Es difícil para una esposa y un esposo renunciar a las libertades que disfrutaban antes de tener hijos. Es difícil que un padre deje de lado su voluntad y dé a su hijo el espacio que necesita para tomar sus propias decisiones. Es difícil dar a los hijos más y más libertad con menos y menos control de manera que puedan empezar a sentir las responsabilidades de la madurez. Es difícil no intervenir y rescatarlos cuando se meten en problemas. Es difícil permanecer firmes en poner límites y controles razonables para que no queden totalmente solos. Sería más fácil, a veces, ceder y quitárselos de encima. Es difícil ayudarlos continuamente para ver que el meollo del asunto no es lo que usted quiere que hagan, sino lo que ellos van a escoger y

con qué consecuencias. Es difícil no intervenir y tomar el control. Es difícil ser lo suficientemente pacientes como para darles todo el tiempo que necesiten para crecer. Es como morir para dejar que se vayan al mundo frío y cruel.

***Ahora está
turbada mi alma;
¿y qué diré? ¿Padre,
sálvame de esta
hora? Mas para
esto he llegado
a esta hora.***

Es difícil orar por ellos diariamente. Es más difícil aún orar de tal manera que la oración refleje nuestra rendición a Dios. Es difícil decir al Señor: «Haz lo que sea necesario para que mis hijos vayan a Ti y maduren en su fe y amor. Señor, haz lo que sea necesario».

Irónicamente, nos inclinamos a pensar que tomar un camino más fácil dará como resultado menos dolor y más gozo. Sin embargo, una buena crianza es el resultado de un carácter cristiano. Y a menos que sigamos la guía de Cristo y la del apóstol Pablo (2 Corintios 4:1-12), nunca veremos la diferencia que el Espíritu de Cristo puede producir en nosotros. Es sólo cuando morimos a nosotros mismos que nuestros hijos reciben el beneficio de que sea Cristo quien los críe a través de nosotros.

PREPARÁNDOSE PARA EL NIDO VACÍO

El síndrome del nido vacío se ha establecido como una verdadera dimensión de la crisis de la mitad de la vida. La vida sin hijos se reconoce hoy como una verdadera amenaza a los matrimonios que han sobrevivido pruebas

anteriores. Los padres que han vivido siempre para sus hijos, de repente se encuentran andando por la casa desconcertados. Se vuelven desasossegados, insatisfechos e irritables. La ansiedad, la ira y la depresión pueden llegar lentamente como la niebla.

Si el síndrome del nido vacío es aun otra prueba para los padres y su matrimonio, también debería verse como la característica del éxito y la esperanza para el hijo.

Los hijos no nacen para ser niños. Lo mejor para ellos no es que los padres los sofoquen y revoloteen a su alrededor constantemente para protegerlos y dirigirlos. Desde el día en que nace un bebé, sus padres deberían entender que su misión es preparar a sus hijos para volar.

La madurez es mejor que la inmadurez, la independencia es mejor

que la dependencia, y el día de la partida mejor que el día de la llegada.

***Lo más importante
que los padres
pueden enseñar a
sus hijos es cómo
arreglárselas sin ellos.***

—Frank A. Clark

Si después de pasar por los dolores normales de la partida los padres siguen inclinados a involucrarse demasiado, a sobreproteger o a entrometerse en las vidas de sus hijos adultos, es necesario revisarse. Podría haber llegado la hora de reconocer y deshacerse de un patrón egoísta de control y sofocamiento. Podría haber llegado la hora de admitir que hemos estado demasiado involucrados, no por el bien del niño, sino para abandonarnos a

nuestras propias necesidades egoístas. Es difícil dejar libres a nuestros hijos, sobre todo si nos hemos vuelto muy dependientes de ellos. La dependencia es una señal infantil en nosotros, y es una advertencia de que no estamos encontrando satisfacción ni paz en Dios.

*Solamente hay dos
legados duraderos
que podemos dejar
a nuestros hijos.
Uno son las raíces;
el otro, las alas.*

—Holding Carter

Es interesante notar la manera en que Dios actúa como Padre para sus hijos. Tanto en tiempos del Nuevo como del Antiguo Testamento, el Padre celestial alimentó y cuidó a sus hijos temporalmente con una gran provisión de señales y

maravillas milagrosas para asegurarles su presencia. Con el tiempo, retiró la presencia obvia de lo milagroso y obligó a sus hijos a sumergirse o a nadar en las disciplinas de la fe.

Dios ha creado al hombre y a la mujer para que dejen a sus padres y se unan a un compañero propio. Es en esta nueva esfera de vida independiente que una persona es más libre para aprender a amar a Dios, a sus padres, a su compañero, a sus hijos y a sus amigos. Es aquí que podemos encontrar la paz mental que Dios da.

MEJOR TARDE QUE NUNCA

Es mejor pedir perdón tarde que nunca. Es mejor decir «te quiero» en un lecho de muerte que morir sin haberlo dicho. Buscar maneras de alentar a los hijos tarde en la vida es mejor que dejarlos llegar a su propio final preguntándose: «¿Realmente

les importaba yo a mamá y a papá?». Una de las experiencias más increíbles es ver el bien que pueden hacer unas pocas palabras de aliento incluso al final de la vida de ese padre o esa madre.

***Tener finalmente
la bendición de
un padre puede
ser como un sedante
trago de agua que
satisface tanto que
se recuerda todos
a los días el resto
de la vida.***

No hay forma de cambiar las cosas malas de toda una vida. Las consecuencias humanas que dejan los padres egoístas, alcohólicos, adúlteros, abusivos o adictos al trabajo no se pueden borrar como se borra la

tiza de un pizarrón. Pero se puede conocer el gozo del Maestro que enseñó a sus seguidores a vivir un día a la vez, a confesar sus faltas, a hacer restitución siempre que fuese posible, y así conocer la paz de Dios.

Pero, ¿qué pasa si el niño muere antes de que el padre tenga la oportunidad de demostrarle su amor? Usted todavía puede honrar y dignificar la vida y la memoria de ese niño.

El apóstol Pablo ilustró la posibilidad de sacar provecho a nuestros errores para beneficio de los demás. Él llegó a ser como un padre a muchos después de haber cometido muchos errores violentos. En sus años de juventud era un hombre airado y abusivo (Hechos 8:1-3). Sus acciones dejaron recuerdos que le pesaban mucho (1 Timoteo 1:15). No obstante, no desistió. Siguió adelante hasta llegar a ser una de las mejores

figuras paternas de todos los tiempos. Motivado por los errores de su pasado y por el amor perdonador de Dios, fue como un padre para aquellos que absorbieron su amor, su sabiduría, su ejemplo y sus oraciones.

No es demasiado tarde para honrar la vida o la memoria de un niño.

Después de enterarse de cuánto lo amaba Dios, después de un cambio de corazón y después de experimentar la fortaleza redentora de Cristo, Pablo llegó a conocerse por su ejemplo, sus consejos, su corrección y sus palabras de aliento. Aprendió a ofrecer la bondad de una madre y el firme consuelo y desafío de un padre (1 Tesalonicenses 2:7-12).

Sus hijos «adoptivos» ciertamente dicen: «Mejor tarde que nunca».

¿DE QUIÉN ES HIJO USTED?

Usted no tiene que ser el hijo de una madre o un padre alcohólico, adicto al trabajo o abusivo física, verbal o sexualmente para dudar de su capacidad como padre. Todos tenemos preguntas acerca de si vamos a poder ser tan buenos para nuestros hijos como fueron nuestros padres para nosotros. Las buenas nuevas son que no tenemos que pasar un legado de inadecuación paterna.

El Dios de la Biblia ha ofrecido adoptarlo, criarlo y vivir Su vida a través de usted si lo deja ser su padre. El Dios y Padre del Señor Jesucristo ha ofrecido adoptarlo y dejarle

su herencia eterna si usted admite sus pecados y confía en Cristo para que lo perdone y le dé vida (Efesios 1:3-12; 1 Juan 5:1).

En esta nueva relación con Dios, un padre puede encontrar el amor, la seguridad y la confianza que sólo Dios puede dar. Comienza cuando confiamos en Cristo como Salvador de la pena eterna por el pecado. Sigue cuando nos apoyamos en Él para que nos dé sabiduría y nos capacite.

***No sólo puede
usted ser hijo
de Dios, sino que
Él lo puede
capacitar para
vivir como tal.***

Esa es la única vez que obra a favor nuestro el que «los niños tengan niños». Cuando confiamos en Dios

y vivimos como hijos suyos, Él desarrolla en nosotros el carácter que es el secreto de criar bien.